

“QUE DIEZ AÑOS ES MUCHO...”

Ricardo Sánchez Ortiz De Urbina

Puede que, para los asuntos a los que se refería la canción, veinte años fueran nada, pero, para las cuestiones de que se ocupa *Eikasía*, es seguro que diez años han sido, son, mucho.

Desde el nº 0, de julio de 2005, hasta el nº 64, de mayo de 2015, la *Revista de Filosofía Eikasía* ha mantenido el tipo, incansable, mes tras mes, ampliado sin cesar la audiencia. Empezó con modestia, acogándose a un título sobrio, un término sencillo: el último de los segmentos (*tmémata*) que Platón distingue tras los superiores de la *nóesis*, la *diánoia* y la *pistis*. Recomienda Platón, en la *Politéia*: “*tô teleutáio eikasían*” (511 e), es decir, aplicar, al último segmento, el cuarto e inferior modo de experiencia (*páthema*). La revista *Eikasía* propugna la experiencia filosófica a partir de los niveles de la escala inferior, microscópica, cuántica, fenomenológica, muy lejos del potencial infinito de la eidética y sus cañonazos contundentes.

Empieza así su andadura modestamente, pero de modo abrupto, sin manifiestos ni declaración de intenciones, en el nº 0, con un trabajo denso de Fernando-Miguel Pérez Herranz, que cita el *Fausto* de Goethe: “... has llegado al fondo, a lo más profundo de todo. A su resplandor verá las Madres; unas están sentadas, otras en pie y andan vagando al azar. Formación, transformación, eterno juego del Pensamiento eterno. Rodeadas de las flotantes imágenes de toda criatura, ellas no te verán, pues solo perciben los esquemas...”.

Hay que esperar tres años, a su nº 18, para que nuestra revista “manifieste” sus intenciones, una propuesta para la filosofía en los inicios del tercer milenio: parametrizar la Ideas que proporciona la actividad humana, la política, la ciencia, los sistemas clásicos y no lineales, relativistas, caóticos o cuánticos... a la escala de la racionalidad humana corpórea. Es decir, la propuesta de un HUMANISMO que “opta por la fertilidad de la razón, por su inacabada tarea”, en la confluencia de la legislación de la razón (filosofía mundana) y el arte de la razón (filosofía académica), el humanismo de una humanidad natural, pero no naturalista, el humanismo de una comunidad de singulares que, siendo capaz de abordar las más abstractas cuestiones eidéticas, no tiene él mismo una conformación eidética, sino

modestamente “intencional”. Lo que no impide que la filosofía de este nuevo humanismo no sea capaz de hacerse cargo de todas las transformaciones “mundanas”, manteniendo el duro perfil académico que adquirió en Grecia.

Eikasía es un título para una empresa que hace filosofía desde abajo, desde el *eikôn*, la imagen esquemática, figurativa. *Eikô*, *eikádsô* son verbos que indican “parecer”, “semejar”, “representar”. Chantraine nos cuenta en su *Diccionario* que, sólo después, con el compuesto *epieikês*, se insinúa lo conveniente, lo razonable, lo equitativo, lo ético; y siempre ante la posibilidad del terrible *aeikês*, lo espantoso, lo inconveniente, la peste, el destino, los gemidos, los golpes... Sólo sorteando esta amenaza, concluye Chantraine: “De la noción de imagen, ha salido un grupo semántico relativo al mundo intelectual y moral.”¹

Después de diez años desde su apertura, después de siete años desde el Manifiesto, después de centenares de artículos escritos por más de trescientos autores, sobre los temas más diversos, en torno a este proyecto filosófico en 64 entregas, se aprecia en *Eikasía* lo que los biólogos llaman una “explosión”, técnicamente una *irradiación*, como, por ejemplo, en la llamada explosión cámbrica, cuando “nuevas e imaginativas formas salen desde la forma ancestral como los radios de una rueda”². Este tipo de explosiones de diversidad biológica se producen “cuando la promesa genética se encuentra cara a cara con la oportunidad ambiental, como después de una extinción masiva”³. Las *explosiones* siguen a las *extinciones*: “Casi todos los filos modernos de animales aparecieron de la noche a la mañana, prácticamente sin avisar, en rocas que habían estado virtualmente silenciosas durante eones...”⁴.

Sin la extinción filosófica que se produjo en el cambio de milenio, no habría tenido lugar la aceleración y la consiguiente diversificación filosófica convertida en cuestión de vida o muerte. Y eso sin que la diversidad acelerada de brotes filosóficos respondiera ni a la unidad defensiva de una ortodoxia inexistente ni a la unidad enfrentada de una heterodoxia inútil. Y como suele ocurrir en un proceso de extinción, el vacío que da lugar a una explosión se produce cuando dos tendencias se separan en direcciones opuestas. En el caso que nos ocupa, reconocemos estas dos tendencias como, por un lado, el endurecimiento que produjo el

¹ PIERRE CHANTRAINE, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, Paris, Éditions Klincksieck, 1984, vol 1, p. 355.

² NICK LANE, *Los diez grandes inventos de la evolución*, Barcelona, Ariel, 2015, p. 116.

³ *Ibid.*, p. 117.

⁴ *Ibid.*, p. 206.

desencanto y, por otro, el reblandecimiento que degeneró en *psicología*. Por una parte, el esfuerzo filosófico sostenido tanto tiempo con éxito evidente perdió el pulso, y ese desencanto, suavemente escéptico, convirtió la filosofía pura y dura en alta divulgación: el escepticismo filosófico se entregó, en compensación, en brazos de un reduccionismo cientifista. Y, por otra parte, el reblandecimiento de la tensión filosófica convirtió los libros de filosofía en libros de autoayuda. En el primer caso, el humanismo se endureció como eidética; en el segundo caso, el humanismo se suavizó como coloquio amistoso que promueve la felicidad.

Y es a partir de ese vacío filosófico, de ese proceso de extinción, cuando tiene lugar entre la Escila del desencanto escéptico y la Caribdis de la psicología biempensante, la explosión filosófica que representa *Eikasía*. El problema que se plantea entonces es: ¿cómo nombrar la cuestión filosófica que media entre el eidetismo escéptico y el psicologismo de autoayuda?, ¿cómo caracterizar un humanismo no naturalista? Históricamente la primera respuesta fue dada hace más de dos siglos por Kant en su *Crítica de la Razón Práctica*, de 1787, y sus propuestas de *ampliación* de la razón y del *primado* de la razón práctica sobre la especulativa. Con la salvedad de que el planteamiento kantiano es formalista y cae en un idealismo mientras que ahora el planteamiento es material (fenomenológicamente materialista). Mientras que, para Kant, lo trascendental sólo es abordable en tanto que investigación de sus condiciones formales de posibilidad, ahora se trata de la experiencia misma de lo trascendental, que no admite posibilidades porque él mismo se da en lo *transponible*. En todo caso, la ampliación de la razón, imposible en los términos de la razón especulativa, es lo que exige el primado de la razón práctica. Y primado significa, sin más, *subordinación de los intereses*⁵. Los intereses del conocimiento se subordinan a los intereses de la voluntad, *con respecto al último y más completo fin*.

Es precisamente esta subordinación o sometimiento de intereses a una dimensión práctica (sometimiento de la eidética a la intencionalidad, diríamos ahora) lo que evita el vacío, la extinción que se difunde en escepticismo o vacuidad. El sometimiento es, según Kant, de la dimensión especulativa de la razón a la dimensión práctica de la misma, y es una subordinación necesaria porque, si la subordinación lo es de intereses que, por definición, son

⁵ E. KANT, *Crítica de la Razón Práctica*, Madrid, Ed. Victoriano Suárez, 1963, vol. 2, cap. II, 3. (Traducción de M. García Morente).

prácticos, resulta que “el interés mismo de la razón especulativa es condicionado y sólo en el uso práctico está completo”⁶.

El carácter formalista de la argumentación kantiana es lo que le conduce a que el primado o subordinación de la razón especulativa a la práctica (de la eidética a la intencionalidad) se traduzca en unos *postulados* que confieren al kantismo un tono arcaico. Pero la sustancia del humanismo nuevo que ahora se inicia ya es evidente: el hombre (y con él “todo ser racional”, añade curiosamente Kant) es fin en sí mismo, es decir: “no puede ser utilizado sólo como medio por alguien, ni aún por Dios, sin, al mismo tiempo, ser fin”; con lo que “la humanidad es sagrada”. Ahora consideramos que esta ampliación de la razón pura (“amplificación”, traduce Morente), que no es una ampliación de su dimensión especulativa, es justamente lo que lleva a cabo Husserl con su idea de *intencionalidad*. Es la razón en su dimensión intencional la que amplía la razón pura, pero no amplificando su dimensión eidética, sino sometiendo, subordinando, la dimensión especulativa a los intereses prácticos de la humanidad.

En la *interrupción* del proceso naturalista (no de la naturaleza, cosa evidentemente absurda), en cuya *detención* (*epokhê*) el proceso se *invierte*, se produce una *disociación* del campo eidético y del campo intencional. Pero el campo eidético no es tal campo, como resulta evidente después de los análisis de las ciencias como cierres operativos llevados a cabo por Gustavo Bueno, en tanto que lo intencional sí constituye un campo. Se trata de un campo que los matemáticos calificarían de vectorial, o llamarían espacio de Hilbert con n dimensiones. Lo que resulta entonces es que el primado de lo práctico, o subordinación de lo especulativo, que en Kant resultaba un postulado arcaico, es ahora una *triple subordinación material*. Lo eidético se subordina a lo intencional; lo objetivo (lo posible) se subordina a lo originario (lo transposable) y lo que en lo intencional es meramente direccional se subordina a lo kinestésico (energía que supone el despliegue temporal). Los tres postulados formalistas kantianos se transforman en tres axiomas materiales que reorganizan, en nuevos términos, el viejo territorio de la razón.

En primer lugar, la eidética se subordina a la intencionalidad. No sólo eidética e intencionalidad tiene un origen diferenciado, sino que son los intereses primordiales de lo

⁶ *Ibid.*, p. 239.

humano los que exigen tal sometimiento. En segundo lugar, lo que intencionalmente es objetivo queda, en la dimensión “vertical” del campo intencional, sometido a los procesos de la dimensión originaria, donde se constituye lo humano como comunidad de singulares (no hay ego trascendental); es la dimensión que Husserl, con denominación no muy afortunada, denominó *phantasia*, la región donde “se hace el sentido” (humano). En tercer lugar, en la dimensión “horizontal” del campo, lo que es meramente direccional, lo que los físicos llaman *vector de estado*, imposible de movilizar temporalmente, queda subordinado a la dimensión energética y temporal de las afecciones kinestésicas. El producto de estas tres subordinaciones es lo que resulta ser la *humanidad*. Y es esta humanidad, con racionalidad no naturalista (sin dominación eidética), la que colma el vacío que comentamos y que, en lugar de la dispersión escéptica (dura y blanda) da lugar a la explosión irradiante que encarna la revista *Eikasía* cuyo cumpleaños celebramos.

Son así tres las concepciones de la *subjetividad* en relación a su posible *humanidad*.

Habría una intersubjetividad en el plano puramente eidético, especulativo, el aparente campo eidético, que no es tal campo. Serían sujetos no intencionales, desencarnados, no percipientes ni imaginativos, sujetos dominados por la idealidad del *eidos*, sometidos al infinito de la variación eidética, en la que, si el sujeto consigue dar con un *Vorbild*, un modelo o prototipo ejemplar, todos los demás *Nachbilder*, hasta el infinito, se presentan, de golpe, intemporales. Esta intersubjetividad eidética, no intencional, es claramente *inhumana*; es una humanidad *especulativa*, en términos kantianos y, por lo tanto, las configuraciones ideales que produce no son *verdadero* conocimiento. La intersubjetividad eidética especulativa (ahora diríamos también especuladora) no conoce, manipula de modo riguroso pero fuera del tiempo; el infinito de su idealidad le sustrae la posible humanidad que requiere la temporalidad intencional. A su modo, arcaico y formalista, Kant estableció definitivamente esa falta de conocimiento de la eidética especulativa: “este descubrimiento no nos sirve en lo más mínimo, en sentido especulativo, para ampliar nuestro conocimiento... las ideas de la razón especulativa no son en sí conocimiento alguno”⁷. El conocimiento sólo se produce cuando lo eidético se subordina a lo intencional, lo *ideal* a lo *típico*; es entonces cuando la

⁷ *Ibid.*, p. 263.

intersubjetividad “desencarnada, anónima y desanclada”⁸ se incorpora al campo intencional, con sus tensiones horizontal y vertical, su melodía y su armonía.

En el campo intencional, encontramos la segunda y la tercera acepción de la subjetividad. Melódicamente (horizontalmente) la *intentio* de orientación ha de moverse temporalmente y eso sólo puede producirse si lo intencional posee energía kinestésica: por ejemplo, si las *phantásiai* son afecciones. Sería una subordinación de lo pasivamente intencional a lo energéticamente kinestésico. Pero armónicamente, en la dimensión vertical del campo, lo intencionalmente objetivo ha de someterse a lo intencionalmente originario, la significación al sentido. Es así, en la zona originaria, donde materialmente hay experiencia de lo trascendental, donde “se hace el sentido” (las síntesis esquemáticas sin identidad) y donde, por ello mismo, se hace la humanidad. La humanidad como comunidad no egoica de singulares es tal porque es el sentido lo que humaniza. Un eidos requiere un significado y el significado ha de tener un sentido.

El humanismo buscado, tras el vacío de la extinción, entre un humanismo duro (inhumano por sobrehumano) y un humanismo blando (inhumano por infrahumano) sería, así, un humanismo fenomenológico, pero, tal vez, este calificativo de “fenomenológico” sobra, porque no añade cualidad alguna. El sentido (el hacerse fenomenológico del sentido) no se añade a lo humano, sino que la humanidad lo es cuando la “intersubjetividad” produce síntesis desajustadas pero con sentido. En esa “extraña” región aparece la plena igualdad de los singulares, su profunda empatía, su dimensión radicalmente ética. A esa región transponible y virtual hay que regresar cuando procedemos a subordinar lo eidético al campo intencional y cuando queremos reorganizar este campo. Los especulativos y especuladores desaforados e intemporales se someten entonces a la disciplina de la intencionalidad humana; la intencionalidad se somete a la temporalidad de la inevitable energía movilizadora y el mundo de las operaciones objetivas se anima y humaniza dotándose de sentido.

Técnicamente todo radica en una tesis filosófica muy clara: la eidética no tiene un origen intencional ni es una intuición directa. Quien sostuvo, en principio, esta tesis fue Husserl, con su propuesta de una “variación eidética”. No hay un acceso directo a las idealidades eidéticas; ingresan en lo intencionalmente humano gracias a determinadas

⁸ MARC RICHIR, *Fragments phénoménologiques sur le Langage*, Grenoble, Millon, 2008, p. 153.

fantasías perceptivas que se liberan del envoltorio imaginativo (la imaginación acaba siendo contraproducente en el trabajo científico, por extravagante), enlazan con algún esquema ideal y, con suerte, se produce la *congruencia* por la que, no por semejanza, infinitos esquemas análogos coinciden (identidad). El dispositivo eidético está, así, en marcha; los cierres operativos producen constructos ideales que se arraciman y se reorganizan, por fusión o división, dando a lo eidético la apariencia de ser un campo que no es tal. Sólo cuando la especulación especuladora se someta al campo intencional, la eidética se humanizará como conocimiento efectivo.

Ha sido la interrupción del naturalismo la que, al disociar eidética e intencionalidad, subordinando aquella a esta (no otra es la intervención revolucionaria de Husserl), ha abierto el campo intencional que, a diferencia del aparente campo eidético, sí es un verdadero campo. Es en el “fondo” del campo intencional donde se encuentra la idea de la humanidad buscada. Como se sabe, el mecanismo que utiliza la fenomenología para tal empresa es la *anábasis* clásica reforzada que podemos llamar *hypérbasis* puesto que sigue a la *epokhê hiperbólica*⁹. Como fallan ahora las referencias espaciales, vale tanto decir que se “asciende” en el campo intencional, como decir que se “desciende” o que se “profundiza”; si bien el prefijo griego *ana-* indica dirección hacia arriba (aunque también duración y distribución proporcional).

31

Hemos de buscar pues la humanidad, lo que da sentido (humano) a la realidad, en el fondo (o ascendiendo) del campo intencional. Se trata de buscar la zona intencional originaria en el cambio de escala: retroceder desde la escala operativa habitual a dimensiones en las que los parámetros operativos cambian. Cambian nociones básicas, al parecer incontrovertibles, como la simultaneidad, la continuidad temporal y espacial, la posibilidad de seguir trayectorias definidas... En suma, quiebra la idea del *infinito* que, paradójicamente, sustenta la operatividad habitual y que ha puesto en pie la ciencia clásica (infinito que, sorprendentemente solo produce resultados *aproximados*). Lo que significa que la idea de infinito, aportada por la eidética, “parasita”, por así decir, el campo intencional o, si no se quiere ir tan lejos, meramente lo “apuntala”. Como es evidente, esta revolución: descubrir que disminuyendo la escala habitual de operaciones, el infinito se cancela porque las operaciones estrictas se hacen imposibles, es una doble revolución que se produjo simultáneamente en la ciencia (la física cuántica) y en la filosofía (la fenomenología). Está por hacer, en forma, el

JULIO
2015

⁹ Noción introducida por Marc Richir.

estudio de esta extraordinaria “correspondencia” entre estos movimientos científico y filosófico que, sin duda, pone término a un divorcio escandaloso. Física cuántica y filosofía fenomenológica comparten una misma ocupación, hacer posibles análisis, cálculos, ahí donde las operaciones no son posibles porque los elementos manejados carecen de identidad. ¿Cómo será posible operar en lo transponible? La respuesta parecerá un juego de palabras: con transoperaciones. Y en esto está empeñadas la ciencia y la filosofía no clásicas, tras la disociación de la eidética y la intencionalidad.

Es evidente que, en esta nueva situación, no clásica, cuántica y fenomenológica, la antigua prepotencia de la filosofía y el viejo desprecio de la ciencia han desaparecido. En su lugar, hay un nuevo tanteo de colaboración. Los físicos declaran paladinamente que no entienden lo que hacen pero que es suficiente comprobar que lo que hacen funciona. Los filósofos creen entender lo que hacen, pero carecen de los recursos técnicos y de comprobación que poseen los científicos. Escriben, por ejemplo, los profesores americanos Susskind y Friedman en su reciente y magnífico compendio de física cuántica¹⁰ a propósito de los enigmas de la *superposición* y la *intrincación* (entrelazamiento, *entanglement*): “No vamos a contestar tales cuestiones, pero lo evidente es que la mecánica cuántica es un cálculo consistente de probabilidades para cierto tipo de experimentos referidos a un sistema y a un aparato. Los utilizamos y funcionan, pero si tratamos de responder a las cuestiones de la “realidad” subyacente, quedamos confusos”. Es esta realidad subyacente de la que habla Leonard Susskind, realidad sin identidad ni variables ocultas, donde lo cognoscible del conjunto implica lo incognoscible de los subsistemas individuales, lo que constituye ese nivel de realidad originario, dotado de la máxima *riqueza* y el máximo *rigor*, donde se hace el sentido humano en “correspondencia” con el hacerse de la organización material. Y eso sí lo conoce la fenomenología.

Es, como hemos dicho, en la confluencia de las dimensiones vertical y horizontal del campo intencional donde se descubre el territorio originario en el que se hace el sentido y, con él, la comunidad humana de singulares. Es, repito, una doble subordinación (que se añade a la subordinación de la eidética a la intencionalidad que inició Kant con su propuesta del primado de la razón práctica): se subordina el plano de las operaciones posibles al de las

¹⁰ SUSSKIND – FRIEDMAN, *Quantum Mechanics. The theoretical Minimum*, New York, Penguin Books, 2014, p. 223.

transoperaciones en lo transposable (armonía intencional), y se subordina (melodía intencional) la mera orientación a la intencionalidad kinestésica, con la energía que implica el despliegue temporal.

Es un esquema en el que trabajan, de modo independiente, físicos y filósofos, con terminología muy diferente. Unos hablan de vectores de estado, de vectores de base, de amplitud de probabilidad, de observables medibles, de vectores propios y valores propios. Otros hablan del hacerse del sentido, del desajuste esquemático, de la transposibilidad y la transprobabilidad, de transoperaciones y síntesis esquemáticas sin identidad. Pero la estructura sobre la que ambos trabajan es la misma: cómo analizar lo que carece de identidad.

Podemos imaginar una conversación utópica y ucrónica, en la que un filósofo y un científico (un fenomenólogo y un físico) trabajan conjuntamente utilizando indistintamente una terminología mixta puesto que suponemos que cada uno conoce perfectamente el campo del otro. Digamos que es un "diálogo interior":

Tenemos unos vectores de estado inmanejables a donde nos ha conducido inexorablemente el cambio de escala microscópico al que hemos accedido cuando dejamos atrás el campo clásico que era tan fácilmente operable... Hemos bajado la energía del sistema tanto que de los estados clásicos quedan sólo estos vectores de estado... Estos vectores de estado son vectores intencionales de mera orientación, carecen de energía, no son operables, no vemos afección alguna que los movilice... No hay tiempo, necesitamos algo que sea observable, que pueda medirse y con lo que estos vectores de estado puedan entrar en conexión, aunque tal conexión sea una mera representación... La energía, el momento, el momento angular pueden ser medidos; pero ¿Cómo afectan estas operaciones de medida de lo observable a nuestros vectores de estado?... Podríamos establecer una base de manera que nuestros vectores de estado se convirtieran en una superposición de vectores de base, dotado cada uno de ellos de un coeficiente de ponderación. Evidentemente cada uno de esos coeficientes sería una amplitud de probabilidad, pero la superposición de los componentes trastornaría la lógica clásica a la que siempre nos hemos atenido... Aunque resulta que las matemáticas van a ser mucho más sencillas, tan solo necesitaremos el álgebra y los números complejos... Podemos elegir la base que queramos. Pero siempre resultará que el inmanejable vector de estado se transformará en una superposición de estados de base en combinación lineal cuyos coeficientes serán números complejos en los que esté codificada la información, aunque sólo sea como amplitud de probabilidad, ni siquiera como probabilidad, como en la etapa clásica... Pero esto nos va a proporcionar enormes ventajas. Este extraño polinomio de vectores de base con sus correspondientes coeficientes de ponderación resultan parecidos a los también extraños polinomios producidos por la medida de lo observable, puesto que también aquí unos vectores propios se superponen y cada uno de ellos

está afectado por un valor propio que ha resultado de la medida. Podemos entonces hacer funcionar temporalmente los vectores de estado. Resultará una ecuación de onda. Los vectores de estado, las "phantásiai", son ahora operables porque los hemos expandido en los términos de los vectores propios gracias a la mediación de los vectores de base, y, de este modo, podremos calcular con rigor (aunque sólo con probabilidad) cómo los intratables vectores de estado evolucionan con el tiempo. Y todo porque como los valores propios que resultan de la medida de lo observable representan energía, y como hemos expandido el vector de estado en la misma base que ha servido para superponer los componentes del vector de estado... Parece una trampa, pero funciona. Podemos ahora determinar cosas como los niveles de energía de los electrones. Y también los niveles de sentido humano. Resulta que este territorio originario, donde se hace el sentido y donde se organiza la materia, es transoperable pese a que carece de identidad. Por eso, nunca pudo ser intervenido por la eidética... Veo además que, en el futuro, nuestros ordenadores parecerán un juego de niños. Si la información está codificada en los coeficientes de los elementos superpuestos (las amplitudes complejas de probabilidad) podremos aumentar inmensamente la capacidad de computación. Bastará con manipular estas amplitudes de probabilidad que podemos llamar "qubits". Podríamos construir estados de "n" qubits como superposiciones de estados y el número de términos de la superposición crecería con "n" como 2^n . ¡Es un incremento exponencial! Pero técnicamente va a ser muy difícil. Y llegaríamos a una humanidad entrelazada que sería un sistema compuesto cuyos elementos no se podrían factorizar. Esa es justamente la comunidad de singulares, la humanidad que buscaban los filósofos una vez cancelada la rigidez de una humanidad eidética y la ramplonería de una humanidad sólo intersubjetiva, meramente operatoria... Pero me parece que hemos cometido un error. Hemos supuesto un factor clásico que no deberíamos haber supuesto tan cómodamente. La mecánica clásica es la forma límite de la mecánica cuántica cuando la constante de Plank se iguala a 0. Pero el infinito no es posible en nuestra escala. Hemos supuesto, en nuestros cálculos, el tiempo continuo clásico. Nuestro vector de estado evolucionaba en el tiempo por obra de operadores lineales que medían la dimensión observable elegida pero evolucionaban en el tiempo clásico... Resulta ahora que, según establece la fenomenología, en esta región originaria donde el sentido se hace es también el tiempo mismo el que se hace... Nuestro proceso habrá de ser un proceso de temporalización y espacialización. Lo que significa que hay que tomarse literalmente en serio la ecuación de onda "descontando el tiempo". Tenemos que romper nuestro extraño polinomio que distribuía el vector de estado en componentes formados por vectores de base con el coeficiente ponderado de su amplitud de probabilidad... Cada componente tendrá que ser ahora un "camino" diferente. Habrá innumerables caminos paralelos que ya no serán trayectorias temporales, cada uno con su amplitud proporcional al ángulo de la fase que es la "acción" del camino partida por la constante de Plank. Integraremos después los caminos, cada uno con su aportación y resultará, por "transposición" la trayectoria en la que ya habrá tiempo... En la integración de los caminos de sentido se está gestando la irreversibilidad. Eso es la temporalización. Y habrá también espacialización en la interacción de los caminos... Y se producirán síntesis esquemáticas sin identidad al tiempo que se configuran los

transoperadores que somos nosotros mismos... Ahora veo que el intratable problema de la medida de lo observable, con su colapso, se puede entender como una transposición de niveles... Tendremos que seguir colaborando... Nos estamos “volcando a lo oscuro” como parece le pasó a Beckett en la epifanía que cuenta su biógrafo Cronin¹¹. Y lo oscuro implica restricciones al verdadero conocimiento, decía Kant...

Las restricciones de las que hablaban nuestros ucrónicos contertulios en su “diálogo interior” son las que no tuvieron en cuenta los humanismos duro y blando, los cuales, por motivaciones contrapuestas, pero igualmente “naturalistas” provocaron la extinción, el hueco en que germinó el nuevo humanismo. La humanidad buscada, resultante de las tres subordinaciones indicadas no es una utopía si somos capaces de contener la especulación eidética sin freno y de estimular la humanidad intencionalmente adormecida en lo objetivo.

Tras la extinción en cuyo vacío surgió el proyecto de *Eikasía*, reconocemos que lo que promovió su explosión ha sido la idea de humanidad como comunidad de singulares, lejos de una humanidad eidética especulativa y especuladora y de una humanidad psicológicamente feliz. En suma, felicitamos a *Eikasía* en su cumpleaños como una revista de filosofía explosiva, sin unidad. No tiene unidad ortodoxa ni heterodoxa porque no tiene amigos que defender ni enemigos que hostigar. No tiene más unidad que la que le proporcionó la extinción que provocó la explosión. Es una Revista de Filosofía sobre un humanismo reconstruido. Es una Revista de Filosofía que trabaja las Ideas desde las *eikones*.

35

JULIO
2015

¹¹ Sobre “lo oscuro” ver el artículo de ENRIQUE VILA-MATAS, *Beckett en la tormenta*, “El País”, 20 de junio, de 2015; y el artículo del autor *La oscuridad de la experiencia estética*, en esta misma revista.

